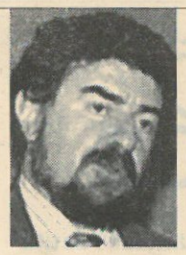
tribuna



Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología Social
de la Universidad Hispalense

LA POLÍTICA DE OCULTAR O NO DECIR LA VERDAD

Ya sea el desastre de la mina de Aznalcóllar, la Madrugada de Sevilla, la deficiente aplicación de la Ley del Menor o la crisis de las 'vacas locas', nadie tiene la culpa de nada. Todo está "bajo control"

Credibilidad cero

RECUERDO que, cuando televisaron el primer paseo lunar de un cosmonauta, allá por el verano de 1969, uno de mis abuelos se apresuró a comentar: "Y ahora querrán que nos traguemos también esto". La experiencia de aquel hombre, como de tantos otros a los que la vida no había ofrecido ocasión de tener una formación intelectual pero sí una profunda sabiduría que pocas veces fallaba, era que nada, o casi nada, de que lo proviniera de las instancias políticas había que creerlo. Convergían en esta idea tanto la vena anarquista, tan importante para entender a Andalucía y a los andaluces que nacieron, y sufrieron, desde mediados del siglo XIX hasta la Guerra Civil, como el dirigismo totalitario y la censura de varias décadas de dictadura franquista, en que los *informativos* de todas las radios eran un mismo y único informativo: "el parte" de *Radio Nacional*, con la que tenían obligatoriamente que conectar todas las emisoras españolas.

Era coherente que, durante muchos años, cuantos queríamos saber qué ocurría en realidad, no sólo en el mundo sino en nuestro propio país, tuviéramos que escuchar radios extranjeras –la *BBC*, por ejemplo– y tratar de acceder a revistas y libros que no existían aquí en quioscos y librerías. El escepticismo con respecto a todo cuanto viniera del ámbito oficial estaba plenamente justificado. De ahí que fuese una fiesta la pluralidad informativa en la prensa –no en otros medios– que se abrió paso, pese a los pesares, las multas y los cierres, en los últimos años del franquismo y al comienzo de la "transición política".

Creíamos entonces que con la libertad de expresión, con las elecciones, con los instrumentos de control que la democracia debía conllevar, la credibilidad sería la norma general de los ciudadanos respecto a quienes fueran nuestros gobernantes. Credibilidad que no tendría que significar necesariamente que estuviéramos de acuerdo con los argumentos y análisis, pero que estaría cimentada en la verdad informativa, en la no manipulación descarada de los datos. Un cuarto de siglo después, me atrevo a afirmar que el grado de credibilidad que tienen *nuestros* políticos, sobre todo aquellos que

Parece que les va en el sueldo negar incluso las más claras evidencias de que algo va mal

gobiernan a los diferentes niveles, es casi nulo. Resulta significativo que en casi ninguna de las cientos de encuestas que se encargan para todo, muy pocas veces se toque el tema. Y es que los resultados serían demoledores.

Estas semanas, la credibilidad está ya llegando a cero, y no como resultado de ninguna conspiración antidemocrática sino como lógica consecuencia de las mentiras, medias verdades y tomaduras de pelo que en cualquier asunto importante nos quieren hacer aceptar *nuestros* políticos. Parece como si cualquiera con un cargo de responsabilidad –y hay en esto pocas excepciones– tenga como principal cometido "evitar la alarma", "no preocupar", descalificando cualquier planteamiento que se aparte, siquiera sea un milímetro, de la verdad oficial, aunque ésta en nada responda a la realidad de los hechos. Mienten y ocultan datos, pero es por nuestro bien. Seamos comprensivos y miremos hacia otro lado. ¿O no?

Parece que les va en el sueldo negar incluso las más claras evidencias de que algo va mal. La sonrisa *espontánea*, que vemos a diario en todas las fotos, de quienes tienen algún tipo de poder, debería bastarnos, según parece, para vivir alegres y confiados, porque quienes nos regalan esas sonrisas no pueden sino velar por nosotros. ¿Que desde hace varios años hay miles de *vacas locas* en Inglaterra? Tengamos tranquilidad, que, aquí, jamás puede ocurrir nada de eso, nos afirmaban hace poco. ¿Que hay un submarino nuclear averiado en la bahía de Algeciras? Tranquilos, ¿qué mejor ocasión para recordar la canción de los Beatles. ¿Se multiplican los casos de leucemia entre los soldados que la OTAN mandó a Kosovo en una, se nos aseguraba, ejemplar "guerra limpia"? No hay problemas: nuestros mozos son muy machos y no pueden verse afectados por el uranio ese, cuando, además, es empobrecido. ¿Que se pone en marcha una nueva Ley del Menor o cualquier otra ley que puede ser un avance, pero no hay medios materiales ni humanos para aplicarla? No importa: con imaginación, incluso somos capaces de operar sin quirófanos. ¿Que Andalucía continúa siendo la última comunidad autónoma del Estado en renta per cápita y la primera en desempleo? Más mérito tiene, entonces, el que seamos –nos dicen– la locomotora de España.

La mentira y el engaño tratan de justificarse con el objetivo de no alarmar, pero su finalidad verdadera es que la incompetencia, o la desvergüenza, de quienes tienen responsabilidades públicas queden impunes. Se trate del desastre de la balsa de la mina de Aznalcóllar, de los sucesos de la Madrugada 2000, de la tragedia diaria de muchos inmigrantes, o del chabolismo, nadie tiene la culpa de nada. Todo va bien. Todo está bajo control. Y las causas de los problemas, cuando ya no hay más remedio que reconocer su existencia, siempre están fuera; serán culpa de otros. *Nuestros* políticos hacen todo lo que deben. Y si se dan casos como los de Roldán, que robó hasta la caja de los huérfanos de la Guardia Civil, o de Celia Villalobos, la ex chica Hermida que hace chistes con el hueso para el cocido, mientras miles de ganaderos se arruinan, son –ya se sabe– excepciones que confirman la regla. Incluso si toda la cúpula de un Ministerio de Interior, que es el encargado de hacer guardar las leyes, se las salta. Y Gallardón destituye al director general de su TV por no ser "suficientemente beligerante" en el tema vasco y ofrecer no una comedura de coco sino, sólo, una buena información –rara avis– para que los ciudadanos lleguen a sus propias conclusiones.

No es bueno para la democracia que el descrédito de los políticos, sobre todo mientras gobiernan, esté llegando al máximo porque su credibilidad se acerque a cero. Pero peor aún sería que nos tragásemos pasivamente cuantas mentiras, naderías y estupideces quieren hacernos tragar, todos los días, para justificar sus sueldos y, en muchos casos, servir a los intereses económicos que sirven. Desconfiar de las palabras y exigir responsabilidades es hoy, quizás, la única vía al alcance de todos para defender la democracia. Para hacer posible de nuevo la credibilidad, reinventando, sobre otras bases, la política.

VASOS COMUNICANTES

Por soleares

Antonio Hernández

Tras un suficiente atracón de soleares en el recién terminado Festival Flamenco de Madrid, lo que siempre es preferible a una empachera de fandangos, recibo otra tanda, pero esta vez escrita, que me envía mi excelente amigo y no peor poeta Francisco Vélez Nieto, recogida en un libro editado por la Diputación Provincial de Sevilla. Se titula *Colección de Soleares* y en él figuran, según el prologuista, premios nacionales y de la crítica que no lo son mientras que se echan de menos otros, como Alberti, muy volcados a esa forma popular. La cosa no podía ser de otra manera y así se dice en el libro, que no pueden estar, por razones de espacio, todos los que son aunque seañ todos los que están, claro. Por supuesto, vaya por delante que el librito es un tesoro de las ocho sílabas con la rima asonantada en el primero y tercero, casi todas sus joyas de tono sentencioso, grave y solemne aunque no falten otras perlas de factura más airosa y livianas. Se fabricaron para el cante en Jerez, en Triana o en Alcalá, que los estudiosos no se ponen de acuerdo, pero desde el cálamo inquieto de nuestros poetas se vienen gestando desde la primera jarcha, aquella del IX que descubrió Ster como la aurora de nuestro idioma.

Dicen los que saben que la "soledad", que viene de la palabra portuguesa "saudade", no se usó mucho por nuestros poetas hasta el XVI, pero fue en el XIX cuando se despacharon a su gusto. Al menos es entonces cuando aparece la palabra soleá, asunto del que nada menos que Karl Vossler achaca a la veneración por la Virgen de la Soledad, ligados en grito de súplica religión y canto. Vale, pero seguro que en cualquier pueblo opinan que todo fue antes; y en su barrio de no sé qué, primero. Lo cierto es que no hay cante por soleares antes del XVIII y que si Abderramán escuchó rimado el rezo del muecín lo hizo sin saber dónde. Y eso consuena con lo que me ha pasado a mí al loer mi soledad en este libro, que el tímpano y la entendedera se me han encabritado por mor de una errata. Siempre las erratas, vaya por Dios, que si a veces mejoran el artículo y el poema, como ocurre en la traducción de ciertos autores nuestros muy vendidos, la mayoría de ellas los destrozan. Mi soleá se la dicté a Paco Vélez, que se acordó de mí a última hora, por teléfono, y entre las prisas y que ya tenemos muchos años mi aportación de plata al cofre de oro no ha podido ofrecer el contraste de calidad. Era así: *Sopla el viento en los trigales./ Mañana el pan de la tierra/ será espíritu en la sangre.*

Pero me ha salido rana aunque de ninguna manera tan onerosa el trueque gráfico como a aquel poeta de condición ceremonial y severo que entró cuidadoso de puntillas en el cuarto de su mujer para no despertarla y en vez de "puntillas" lo metieron en el cuarto de "putillas". Los duendes de la imprenta, que se decía antes y que en este libro de la Diputación sevillana se han debido de cebar sólo conmigo, lo que siempre es atentado más de agradecer por la cultura que si lo hubieran hecho, pongo por caso, con don Antonio o don Manuel Machado, tan capaces para emocionarnos con ese telegrama de la poesía de tres versos que es la soleá. Los que, como decíamos, no están de Alberti: *En tres versos solamente / está la bala que puede / partirle a un hombre la frente*. Esa ausencia, como lo de la errata, por supuesto que no se la achaco a que el prólogo está firmado por un tal Cenizo.

DESDE EL SUR

Verdadero o falso

Manuel Alcántara

Si a mí me dieran ochenta duros por cada cuadro falsificado que se exhibe en los museos, podría hacer cierto el soñado epitafio: "Pasó sus últimos días en buenas marisquerías". Los intrusos se suben por las paredes y allí se quedan, admirados y respetados por todos, ya que hay muchos papanatas con una clara predisposición a quedarse boquiabiertos.

Mi teoría es que si alguien tiene en su casa un *goya* o un *van dyck* que cree que es verdadero, desde el momento en el que lo cree, es verdadero, aunque sea falso. Sólo si comprueba que no es auténtico disminuirá el deleite que le proporciona su contemplación, que va muy unida a la satisfacción que le produce el hecho de ser dueño de tal tesoro. Ocurre que nadie es infalible en eso que llaman, en pésimo castellano, "expertización". Ni siquiera los expertos. El campo del arte es

Si a mí me dieran ochenta duros por cada cuadro falsificado que se exhibe en los museos, podría hacer cierto el soñado epitafio: "Pasó sus últimos días en buenas marisquerías"

inabarcable y el de la picaresca aún mucho más dilatado. La célebre *Adoración de los Reyes* de Mantegna no la pintó Mantegna, pero sigue siendo adorada por los visitantes de la Galería Nacional de Escocia, y *Los girasoles* de Van Gogh, por los que una compañía de seguros japonesa pagó 5.000 millones de pesetas, tampoco fueron pintados por el pobre Vincent Van Gogh. A los japoneses los engañaron como chinos.

Ahora vuelve a hablarse de las obras falsas que cuelgan en los mejores museos del mundo porque se ha descubierto que un dibujo de Juan Gris, propiedad de mi viejo amigo Lalo Azcona, que fue a parar al Reina Sofía, es más falso que un billete de mil pesetas hecho en papel de estraza. No es un Juan Gris, que alguien nos lo ha cambiado. No será el último descubrimiento. Cuando Dalí estaba medio tonto, al final de sus días, en vez de medio loco, como había estado toda su vida, firmó muchas cartulinas en blanco, en su extremo inferior, a la derecha. Alguien las irá llenando y nada impide que los dibujos sean superiores a los del genio. Charlot se presentó una vez a un concurso de imitadores de Charlot y le dieron el tercer premio.